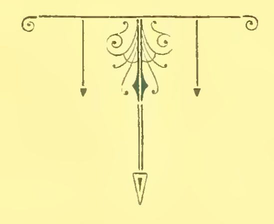
ANTONIO DOMÍNGUEZ
Y
PÍO ARIAS-CARVAJAL

EL RECUERDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

:: ORIGINAL Y EN PROSA ::



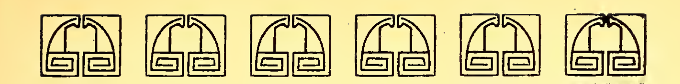
MADRID - SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24 -- 1917

REPARTO

Elena	SRTA. ABADÍA
María	„ PARDO
Doña Luisa	SRA. SÁNCHEZ ARIÑO
Pilar	SRTA. GELABERT
Ramona	SRA. ALVERÁ
Joaquín	SR. MANRIQUE
D. Ginés	„ RAMÍREZ
Díaz	„ ISBERT
Miguel	„ PEÑA
Bene	„ BALAGUER
Pedro / Juez	„ ARIÑO
Escribano	„ MORA (J.)
Procurador	„ GÓMEZ

LA ACCIÓN EN MADRID.— ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA DEL ACTOR



ACTO PRIMERO

Gabinete o comedor modesto en casa de Elena. Dos puertas, sin lugar preciso de colocación, que se designarán «primera» y «segunda». Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ELENA.—Después, RAMONA

Elena, sentada, impaciente; después de algún tiempo, escuchando en dirección puerta primera

Elena No; ha sido la puerta de al lado. *Mirando el reloj.* Pero, ¿ha pasado tan poco tiempo? ¡Oh, oh, oh! ¡No puedo seguir así! *Levántase, pasea. Escuchando nuevamente, como antes.* ¡Ya! *Precipítase hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, preséntase Ramona.* ¿Qué?

Ramona Vendrá.

Elena ¡Oh, qué dices! ¿Vendrá?

Ramona ¡Vendrá, vendrá!

Elena ¡Ay, Ramona! ¡Vendrá...!

Ramona Sí, sí.

Elena ¡Y lo dices con esa frialdad, como si tal cosa!

Ramona Lo digo; lo sabe usted...

Elena Creí que me habrías tomado más cariño en tantos años.

Ramona ¿Y ya no lo cree usted? ¡Siempre han de entrar los hombres en las casas a revolverlo todo!

Elena ¿Y por qué no te alegras? ¡Va a venir, después de doce días!...

Ramona No me alegro por... lo mismo que usted se alegra..., porque... en eso no manda una.

Elena Sí, no te alegres; es mejor. No quiero compartir esta felicidad con nadie; así será mía, ¡mía nada más! Prefiero que, al contrario, te moleste, te fastidie...

Ramona ¡Señorita! ¿Qué dice usted?...

Elena Nada, no te enfades. ¿A quién le puede ofender lo que diga un ser tan feliz como yo lo soy ahora? Perdóname; perdóname, y dame un beso y un abrazo. *La besa y abraza.*

Ramona ¡Señorita!...

Elena ¡Viene; vendrá ya siempre, sin faltar un día! ¡Y, en cuanto se resuelva el pleito, se casará conmigo!

ESCENA II

ELENA.—D.ª LUISA.—PILAR.—BENE

Suena un timbre hacia la puerta primera, por la que hace mutis Ramona.—En seguida óyese hablar.

Elena Mamá, allá voy a recibirte. *Desaparece un momento, por la puerta primera, volviendo con D.ª Luisa, Pilar y Bene.*

D.ª Luisa ¡Qué contenta estás!

Elena *Sin darse cuenta de lo que dice.* ¡No es para menos!

D.ª Luisa ¿Qué, se ha resuelto ya el pleito?

Elena No; no sé nada.

D.ª Luisa Entonces...

Elena Es que... Verás... Tengo buenas impresiones.

D.ª Luisa ¡Ah!, ¿sí? ¡Muy bien! Miguel Llanos es un gran abogado.

Bene ¡Ah, un maestrazo! Han de recomendarme ustedes a él. Yo ya he estado en siete bufetes de pasante, siempre de paso. Quiero encontrar uno definitivo, como el de don Miguel Llanos.

D.ª Luisa Se lo diremos.

Bene Ya ve usted; estoy muy adelantado. Ya he aprobado el Penal.

Pilar ¡Calla, me hace daño tu voz!

Bene ¡Pero, Pili...!

Pilar ¡Pero, Bene...! ¡Yo, al balcón dos horas, que ya un señor me miró no sé cómo!

Bene ¡Si estaba en la Audiencia! ¿Ven ustedes? Estas cosas me dan a mí coraje. He ido interesándome por usted. *Por Elena.* ¡Y, mire usted su señorita hermana como me lo agradece! Sí, señor; he estado en la Audiencia, para saber del pleito y ver si había sentencia, porque yo ya sé que los pleitos acaban por una sentencia.

Pilar ¿Y a que no te has enterado de nada?

Bene ¡Esto es imposible!

D.ª Luisa Pero, ¿qué le ha pasado hoy a Díaz? *Mirando el reloj.*

Elena Es verdad; su hora, y no ha venido.

D.ª Luisa ¿Estará enfermo?

Elena Sí; no se explica...

D.ª Luisa *A Bene.* ¿Quiere usted acercarse a casa del

amigo Díaz, a ver qué le sucede? Así se le pasará la sofocación.

Bene Sí; mejor será. Hasta ahora.

Pilar No vuelvas.

Bene Porque te molesta, volveré. *Mutis primera.*

ESCENA III

ELENA.—D.ª LUISA.—PILAR.—Después, DÍAZ

Pilar Mamá, yo no quiero ese novio.

D.ª Luisa Pues ¿qué le pasa a ese novio?

Pilar Que es tonto.

D.ª Luisa Como todos los novios.

Pilar Yo quisiera un hombre que no me hiciese caso; y que, cuando me pongo así, ¡me subyugase con una mirada!

D.ª Luisa No te vuelvo a dejar leer ni una novela. Seguirás con este novio, ¡no faltaba más! Es un muchacho excelente para marido; es de buena familia, tiene algo, y..., sobre todo, es tonto, como tú has dicho. ¡Claro que va a ser abogado, pero ése es un defecto muy corriente! *Llaman.* ¿Será Díaz?

Elena ¿Después de su hora?; no lo creo.

Díaz *Entrando primera.* ¡No he fallecido; no, señoras!

Elena ¿Qué ha sido eso?

D.ª Luisa ¿Qué ha ocurrido?

Pilar ¿Le ha pasado a usted algo, don Cecilio?

Elena Habíamos mandado a mi futuro hermano político a su casa.

Díaz ¡Caray! ¡Pues, no me ha pasado nada; estoy

vivo, estoy sano! Me he retrasado por usted. *Por Elena.* ¡Si la querré a usted, Elena!

Elena ¿Por mí?

D.ª Luisa ¿Sabe usted algo del pleito?

Díaz Lo sabremos todo, dentro de media hora.

Elena ¡Por fin!

Pilar ¡Gracias a Dios!

D.ª Luisa ¡Hoy se decide tu suerte, hija mía!

Díaz Me encontré a Llanos; me dijo: ¿Quiere usted saber la sentencia en el juicio de Elena?, y me llevó a casa de... ¡Bueno!, creo que no debe decirse quién le anticipa estas noticias. Allí estuvimos ¡más de cincuenta minutos! Se me retrasó todo; la hora de dar mis setecientos cincuenta pasos por la Castellana, los veinte minutos de esgrima, los diez que dedico a la lectura todos los días —porque yo leo—la cena, todo..., ¡un espanto! Y total, para nada; llegó... ese individuo y le dijo que aún no habia podido averiguarlo; que se lo diría de fijo después de cenar.

D.ª Luisa ¿Y no ha vuelto usted?

Díaz Señora..., eso ya hubiera sido demasiado; ¡retrasarme otra vez! Llanos vendrá aquí; aquí lo sabremos todos.

Pilar Mamá, va a venir Llanos.

D.ª Luisa Y ¿qué?

Pilar Que es uno nuevo.

Elena Y, además, habrá otro que no es nuevo precisamente, pero que reaparece hoy en la reunión. El amigo Joaquín Montero, que aunque no viene hace... no recuerdo cuantos dias, creo que va a venir esta noche. Se lo ha encontrado Ramona, por casualidad, y me parece que le ha dicho que iba a venir.

Pilar Pues, ya ves, mamá; dos nuevos... Vamos a atusarnos un poco, en el cuarto de Elena.

D.ª Luisa No te molestes por Llanos; es casado.

Pilar Pero, no importa.

Elena ¡Niña!, ¿qué dices?

D.ª Luisa Bueno, anda, vamos. ¡Qué criatura! (¡Si sé que viene Montero, no venimos esta noche!) Anda, anda. *Mutis ambas, segunda puerta.*

ESCENA IV

ELENA.—DÍAZ

Díaz *Que se refiere a Llanos, mirando el reloj.* Poco queda ya, Elena; va a venir.

Elena *Pensando en Joaquín.* Sí; va a venir, pero se retrasa.

Díaz No; todavía no. No señaló hora fija. ¡Ah, es horroroso, horrible, vivir en España! Nadie tiene hora fija para nada. ¿Ve usted?; a mí me molestan los toros, me repugnan; pues voy a ellos, porque me encanta eso, la hora fija.

Elena ¿No se aburre usted de hacer todos los días lo mismo y a la misma hora?

Díaz No. Es una delicia especial, que no comprendo cómo no la sienten los demás. ¡Saber que va a llegar la hora, que en aquel mismo instante voy a saborear una taza de café, por ejemplo, que se acerca, que ya llega!...

Elena *Riendo.* Parece mentira que fuese usted pa-

riente de mi marido. ¡Él tan desordenado, tan bullicioso!

Díaz Si yo también soy bullicioso; pero, a mis horas. A Pablo le mató su aturdimiento, su desorden. Si hubiera sido como yo, ni se le hubieran embrollado los negocios, ni hubiera quebrado, ni hubiese muerto arruinado del berrinche, ni estaría usted viuda a estas horas... ¡Ah, y yo le quería, le quería!; sólo a él le hubiera consentido, impunemente, que me venciese en el amor de usted. *Pausa.* El amor de usted, que ahora... Pero, bueno, dejarlo; ¿qué se le va a hacer? ¡Si viera usted que a veces me fastidia que gane usted el pleito!

Elena Gracias, pero aún puede que lo pierda.

Díaz No, no, no; lo gana usted, seguramente.

Elena ¡Ah!, buen deseo de usted.

Díaz No; yo no soy optimista más que por las mañanas. Ganará usted el pleito; y entonces el amor de usted se irá a otro lado..., ¡pero siempre lejos de Cecilio Díaz! ¡Casarse usted otra vez! Aún con Pablo, ¡vaya!, yo ya estaba habituado; pero ya con otro distinto..., ¡con dos, Elena! Póngase usted en mi caso. ¡Nunca me habituaré!

Elena A usted, que le gusta tanto seguir con sus costumbres, siempre igual...

Díaz *Interrumpiéndola.* El verme despreciado por usted, siempre y a las mismas horas, es el único hábito que me es odioso.

ESCENA V

DICHOS.—D.ª LUISA.—PILAR.—En seguida, MIGUEL Detrás, RAMONA

Salen por la puerta segunda D.ª Luisa y Pilar, al mismo tiempo que se oye llamar hacia la puerta primera.—Gran expectación en todos, menos en Pilar.

Díaz ¡Es él!

D.ª Luisa ¿El abogado?

Díaz Sin duda.

D.ª Luisa ¿Qué noticias traerá?

Elena (¿Será Joaquín?) *Sale Miguel por la puerta primera.*

Miguel ¡Señores, enhorabuena; hemos ganado el pleito!

D.ª Luisa ¡Ay, Dios mío!

Elena *Tendiendo la mano a Miguel.* ¡Gracias, amigo Llanos!

Díaz ¡Pues..., me alegro, no lo puedo remediar; soy demasiado bueno, me alegro!

Ramona ¡Señorita, qué bien! ¿Me deja usted que la dé un abrazo?

Elena Espera que abrace a mi madre antes. ¡Mamá, Pilar! *Besándolas.*

Ramona ¡Ahora, yo! *Besando y abrazando a Elena. Por Miguel.* Señor abogado, si me echa la señorita, me voy a servirle a usted de balde.

D.ª Luisa ¡Qué felicidad, hija mía!

Pilar ¡Ay, qué bien, qué bién! ¡Mamá, ahora me doy cuenta de lo buena que es esta noticia!

Díaz ¡Señores..., que no lo puedo remediar, que

no lo puedo remediar, que me alegro mucho! ¡Viva Miguel Llanos!

Todos *Menos Miguel.* ¡Viva! *Se oye llamar. Vase Ramona, por la primera.*

Elena (¡Joaquín!)

Pilar ¡Bah, será ese estúpido!

Elena *Desilusionada.* ¡Ah!, sí. No me acordaba de él.

Pilar Ni yo tampoco. ¡En qué ocasión llega! Se va a creer que los ¡vivas! son para él... *Aparece Bene, puerta primera. A su madre.* ¿Ves qué traza de memo? A mí no me importaría que fuese abogado; ¡pero que tuviera el talento de éste! *Por Miguel.*

ESCENA VI

DICHOS.—BENE

Bene *Viendo a Díaz.* ¡Ah! ¿Está aquí el señor Díaz? ¡Claro!, por eso no le he encontrado yo en su casa. He visto a uno que es hijo de un fiscal de la Audiencia, que también tiene aprobado el Penal, y le he preguntado, y aun no se sabe nada del pleito de usted, Elena; lo siento mucho.

Pilar Pero, ¿ves mamá? ¿No es esto ridículo?

Bene *A Pilar.* No se sabe nada, no señora.

Pilar *A Bene.* ¡Sí se sabe!

Bene *A Pilar.* ¡No se sabe!

Pilar *A Bene, por Miguel.* El señor es don Miguel Llanos. ¡Aprenda usted a ganar pleitos, que no los ganará usted en su vida!

Bene *Aparte a Pilar, aplanado.* ¡Mujer, yo quería que me presentaseis, pero no así!

Miguel *Saludando a Bene.* ¿Usted, por lo visto, también se dedica a las leyes?

Bene Sí, señor. *Presentándose.* Bienvenido Moya... Ya he aprobado el Penal. (¡Yo ahora no se lo digo!)

Díaz *Mirando el reloj.* ¡Vaya!, primera consecuencia de haber ganado el pleitecito; ¡son las once!

Elena (¡Son las once!)

D.ª Luisa No le veo la consecuencia.

Díaz Pues yo sí, señora. Que yo me marcho de aquí todas las noches a las once y media, y hoy, veo, siento que no me voy a marchar, a consecuencia de la gran noticia. ¡Vamos, Elena!, ¿qué piensa usted? ¡Esas botellas de champagne que no ha querido usted nunca descorchar! Hoy es día de cerrar todos los duelos y abrir todas las botellas.

Elena Sí, sí. *Llamando, al paño primera.* ¡Ramona! *A Miguel.* Usted perdone que no se me hubiera ocurrido...

Miguel ¡Señora..., por Dios!

D.ª Luisa *Aparte a Elena.* ¡Qué dirá tu abogado, Elena! Parece que estás distraída, que no te interesa, como si hubiéramos ganado el pleito todos menos tú.

Elena No, no, no. *A Ramona, que se ha presentado y espera sus órdenes.* Descorcha un par de botellas de champagne. *A Miguel.* Siéntese usted, Llanos; déme usted detalles, explíqueme usted su triunfo.

Miguel Lo exageran ustedes; es una cosa sencilla. La sentencia reconoce que he logrado probar ser ese dinero dote que usted aportó a

su matrimonio con don Pablo Díaz, y el Tribunal manda que le sea devuelto a usted separándolo de la masa de la quiebra, de que se han apoderado los banqueros y comerciantes, acreedores de su marido.

Ramona *Mientras sirve el champagne. Todos beben.* ¡Pues, sí que ha sido un triunfo—y ustedes perdonen—hacer que devuelvan dinero los banqueros y los comerciantes!

Bene *A Miguel.* ¡Enhorabuena, maestro!

Miguel Muchas gracias.

Bene (¡Ahora es ocasión!) Ya le habrán dicho a usted que deseo ingresar en su bufete.

Miguel No, no me habían dicho nada.

D.ª Luisa Sí, tenemos mucho interés por él; es el novio de Pilar.

Miguel Ya lo había comprendido.

D.ª Luisa Al verlos reñir, ¿no es verdad?

Miguel Es claro. *Ramona vase por la puerta primera.*

Bene *Por Miguel.* ¡Se ve que tiene talento!

Miguel ¡Que sea por pocos años! Y cuente usted con una plaza en mi bufete.

Bene ¡Muchas gracias!

Miguel Basta que sea usted el novio de Pilar...

Bene Y estoy muy adelantado...

Miguel Enhorabuena.

Bene No, en el noviazgo, no. (¡Me pone colorado!) Me refiero a la carrera; como ya he aprobado el Penal...

D.ª Luisa *A Díaz, que apura una copa.* ¿Bebe usted champagne todas las noches a estas horas?

Díaz ¡Oh, señora, por una dama bien se puede uno salir un día de sus costumbres!; y la señora viuda de Clicquot *Aludiendo a la marca del champagne.* es matrona de poderosos atractivos. *Bebiendo otra copa.* ¡Oh, las viudas, las viudas!...

Elena Díaz, se pone usted muy parlanchín. Verdaderamente es preferible que no altere usted sus hábitos.

Díaz Pues esta noche voy a romper por ellos. ¡Ya pueden dar las once y media, las doce, las horas de la madrugada; no me voy de aquí hasta que se marche el último! *Llaman.* ¿Otro?

Elena *Escapándosele la palabra.* ¡Joaquín! *Dándose cuenta.* Joaquín Montero.

ESCENA VII

DICHOS.—JOAQUÍN, por la puerta primera

Joaquín Buenas noches.

Miguel Nos encuentras en plena orgía.

Díaz (¡Ya vino éste!; me marcho a las once y media.)

Joaquín *Saludando.* Elena... Señora... Pilarcita...

Díaz Aunque el regreso de usted a la reunión nos es muy grato a todos, no crea usted que este champagne es para solemnizarlo. Se trata de festejar el haber ganado el pleito.

Joaquín ¡Ah, por fin!

Elena ¿Se alegra usted?

Joaquín Con toda mi alma, créalo usted, Elena. No recuerdo en muchos años una alegría igual.

D.ª Luisa (¡Esto es demasiado!) *A Pilar.* ¡Niña, no bebas tanto!

Pilar Si no bebo. *A Bene.* ¡No bebas tanto!

Bene Si no bebo... ¡Es ahogar mi disgusto en champagne!

Pilar Pues si acaso nos casamos, ya te haré yo que los ahogues en otra cosa más barata.

Miguel *A Joaquín.* Llevas unos días invisible.

Elena ¿Usted tampoco le ve?

Miguel Tampoco.

Joaquín Mi padre me tiene muy preocupado; le encuentro débil. A su edad... Le acompaño constantemente, y por eso no he podido concederte ninguna de mis tardes, ni a usted *Por Elena.* las horas que habitualmente pasaba en esta reunión encantadora.

Díaz Gracias, por la parte que me toca.

Joaquín A no ser por una razón así, poderosa, ¿cómo iba a ser posible que yo la olvidase a usted? *Por Elena.* Ni a ti *Por Miguel.* á quien tanto debo, es decir, debemos mi padre precisamente y yo.

Miguel Vete por casa alguna vez, y deja en paz la cuerda de la gratitud.

Joaquín ¿Crees que se ve por el mundo un abogado que gane el pleito y no cobre?

Miguel No es esa la gratitud mayor que me debes. Acuérdate, ingratón, de que yo fuí quien te presentó a Elena y su familia.

Joaquín ¡Ah!, eso está sobre toda ponderación.

Díaz Sí; yo fuí quien le presentó á usted *Por Miguel.* a Elena, como abogado; usted fué el que le presentó a Montero... En este mundo somos una cadena, y a veces hay un eslabón que no sabe lo que se hace.

Miguel Pero, ¿qué dice usted, Díaz?

Díaz No lo sé tampoco; ¡la viuda... Clicquot! Como no tengo costumbre... Yo, si ustedes no mandan nada... *Despidiéndose.*

D.ª Luisa También nosotras nos vamos.

Miguel Reunión disuelta. Es usted cruel, amigo Díaz; Joaquín acaba de llegar.

Díaz Que hubiera venido antes. *A Joaquín.* Perdone usted si soy grosero; pero ya sabe usted que tengo la chifladura de las horas.

Joaquín Sí, sí. Comprendo que me he retrasado; pero mi padre está hoy de una debilidad... *Despidiéndose.* Elena, siento mucho que mi estancia haya sido tan breve.

Elena Las otras noches será mayor.

Joaquín Sin duda.

Bene *A Miguel.* ¿Desde cuándo puedo pasar por su bufete?

Miguel Desde que el amor se lo consienta a usted.

Pilar Desde mañana mismo.

Miguel *Riendo.* Está muy bien.

Pilar Pero, que me entere yo, señor Llanos, de las horas que pasa allí.

Miguel Le entregaré a diario, una nota en que conste, firmada y sellada.

Pilar Ni aun así me fío; es capaz de falsificarla.

Bene ¡Pero, Pili!...

Pilar ¡Pero, Bene!... *Mutis primera puerta, Pilar y Bene peleándose, y Miguel riendo.*

Joaquín Con Dios.

Elena Hasta mañana.

Joaquín Hàsta mañana.

D.ª Luisa Mañana no podremos venir nosotras.

Elena Sí, mamá...

D.ª Luisa No, no; no podremos. *Llegan los cuatro personajes que quedan en escena, hasta la puerta primera, por la que desaparecen hablando Elena y doña Luisa.*

Joaquín *A Díaz.* Pase usted.

Díaz No, salga usted primero.

Joaquín Como usted guste.

Díaz Muchas gracias. *Mutis, Joaquín delante y Díaz detrás.*

ESCENA VIII

ELENA.—Después, RAMONA

A poco de quedar la escena sola, cesan de oírse las voces hacia la puerta primera, y reaparece por ella Elena, que—quitando de sobre la mesa lo demás,—deja solo dos copas y una botella que ha quedado sin abrir, mientras dice:

Elena ¡Me quiere, me quiere! Ahora nos casaremos.

Ramona *Saliendo puerta primera.* Ya les he abierto. Habían cerrado el portal apenas entró el señorito Joaquín. Se siente fresco en la calle. *Dispónese a retirar la botella y copas.*

Elena No; no, déjalo.

Ramona ¿Para qué?

Elena Para nada; mañana se hará. Vete a acostar ya, me duele la cabeza.

Ramona Bueno, bueno. *Maliciosamente.* Que usted se mejore. *Mutis segunda puerta. En cuanto desaparece Ramona, cierra Elena la puerta segunda. Seguidamente vase de puntillas por la puerta primera, y reaparece acompañada de Joaquín.*

ESCENA IX

ELENA.—JOAQUÍN

Elena ¡Joaquín, Joaquín...! Si vieras cómo he pasado estas noches... Aunque no venías a la reunión, yo te esperaba luego. Me sentaba aquí, miraba el reloj y aguardaba a que die-

se la una, las dos, hasta las tres a veces... Creía, ¡qué inocente soy!, me figuraba, mejor dicho, quería figurarme, que tú no venías cuando los otros, porque te aburrían, quizás porque te molestase Díaz, ¡que sé yo!; y hasta me parecía verte en la esquina esperando a que saliesen todos, para entrar tú, como un colegial que tiene una aventura... ¡Qué tonta soy!, ¿eh? Y eso que estaba bien claro que no venías porque te enfadaste. ¿Por qué te enfadaste? Fué una niñería; ¡hay que aplacar ese geniecito!

Joaquín Sí, fuí injusto en enfadarme; no tenía razón ninguna para enfadarme. Perdóname; quiero hablar claro.

Elena ¡Que si te perdono...! ¿Comprendes los sufrimientos que me has hecho pasar en estos doce días?, ¡pues no son nada para la felicidad que me das volviendo! Tú a mí, en cambio, cada vez me perdonas menos cosas. Pero, ¡yo!; ¡si quisiera que mis ojos pudiesen ver en ti un defecto, para perdonártelo!

Joaquín Tengo muchos defectos; ni sé cómo has podido tolerármelos con tanta paciencia, con tanta benignidad.

Elena No, ¿por qué?

Joaquín Sí, soy irascible, violento, variable... Yo mismo no me aguanto tan bien como me aguantas tú. Nada me falta, ni las necesidades me acosan ni las gentes me menosprecian; y, sin embargo, rara vez me siento a mi placer, con plenitud. Sí, sí; lo comprendo, soy intolerable. ¿Cómo alguna vez no se te ha ocurrido hacérmelo ver, romper conmigo?

Elena ¡Joaquín...!

Joaquín ¡Ah!, porque tú eres una criatura hecha para vivir; tú sabes vivir, disfrutar de todos tus momentos, de los presentes que son los efectivos; y tu momento presente no puede ser más delicioso. Tienes tu porvenir asegurado, buenas relaciones en sociedad, y una botella de champagne que vamos a descorchar ahora mismo.

Elena ¡Y te tengo a ti, te tengo a ti, Joaquín, para siempre! *Abrázale.*

Joaquín ¡Para siempre...! ¿Quién es capaz de tener a otro para siempre...? Ni a sí mismo.

Elena ¡No me disgustes con filosofías! Joaquín, ¿qué te pasa? ¡No has venido; tu enfado fué un pretexto! ¡Vienes hoy forzado, porque te mandé llamar! ¡Joaquín, Joaquín, algo terrible me pasa, cuando me creo feliz!

Joaquín ¡Perdóname, Elena, soy un criminal, soy un perverso; algo peor, soy un imbécil! Pero... no puedo, no puedo. ¡Si estuvieras dentro de mí!... Como el imprudente que se dejó caer y le arrastra la corriente, yo forcejeo, me agito, pero me dejo llevar... ¡Pero no te olvidaré, no; eso no lo temas, es imposible! Tu recuerdo quedará siempre en mi memoria.

Elena ¿Te casas? ¿Tienes una nueva aventura?

Joaquín ¡Oh, por Dios! Aventura...; no profanes.

Elena ¿Cuál no quieres que profane, la que empieza o la que acaba?

Joaquín ¡Elena!, ese tono me saca de mí, no voy a poder resistir. ¡Por Dios; soy culpable, no tengo disculpa, mátame, mátame, pero no me hagas sufrir lo que no puedo tolerar! Perdóname.

Elena Está bien; dispensa. ¿Te casas, tienes otro... amor?

Joaquín Me caso. Es un recuerdo de la niñez; no he

podido con él. ¡En mala hora ha venido esa mujer a vivir, con su padre, junto a mi casa! Han empezado a visitarse mi padre y el suyo; la he vuelto a ver una vez y otra vez..., ha tenido conmigo multitud de confianzas afectuosas, me ha recordado quince o veinte años de mi vida, en mil detalles, en mil momentos. Fuí novio de ella, hasta que te conocí.

Elena Nunca me lo has dicho.

Joaquín No quería que ni tú me la recordases. Pero la fatalidad se ha encargado de recordármela, de ponérmela ante la vista continuamente, persistentemente. Soy muy malo, ¿verdad?

Elena No sé.

Joaquín Sí; sólo he tenido en mi maldad un rasgo... no tan malo. He esperado hasta que tu pleito se resolviese: ya tienes para vivir, ya no te hago falta... He esperado.

Elena Está bien.

Joaquín ¡Elena!...

Elena No, si te tengo que estar agradecida. Me conociste ya viuda, con mi vida fracasada, sin más que un pleito dudoso, y sin medios para poder esperar a que se resolviera. Yo no podía abusar de la ayuda de mi madre, es decir, de mi hermana, que sólo tiene un pequeño capital, que pronto no estará en sus manos, sino en las de un marido. Me protegiste..., sin ti esta habitación sería hoy una guardilla, un cuchitril; he sido el asombro de mi familia, de mis amistades, que—muy creídos todos en mi honradez—se admiraban y me ponían a las jóvenes por modelo de virtud hacendosa y económica. ¡A ti te debo hasta esa buena reputación! Bien

es verdad que yo habría podido irme a vivir con mi madre, y que por ti no lo he hecho; pero, eso no tiene importancia, ¿verdad?

Joaquín ¡Sí; sí, la tiene, Elena, sí!

Elena No, no; ya me has hablado bastante. Eres un caballero..., yo te quedo agradecida... Estás libre; adiós. *Le tiende la mano.*

Joaquín ¡Elena, déjame explicarte...!

Elena *Erguida y resuelta.* Me dijiste antes que no podrías dominar los nervios; ¡yo ahora tampoco te respondo de los míos! Adiós; nada me debes, no rompes ningún trato religioso ni legal; nada me debes, soy yo la deudora. Gracias, adiós. *Con un ademán enérgico, le indica la puerta de la calle.* La llave, mañana me la mandarás. ¡Adiós! *Él desaparece por la puerta primera. Ella permanece algún tiempo en espera de que él, por haber bajado ya la escalera, no pueda oirla; y, cayendo de bruces sobre la mesa en que está la botella de champagne y las dos copas, prorrumpe en grandes llantos y sollozos.*

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Comedor elegante en casa de Joaquin. Tres puertas. Chimenea encendida.

ESCENA PRIMERA

MARÍA.—JOAQUÍN.—Cuando la escena lo requiere, PEDRO

Joaquín y María están acabando la comida de mediodía. Hay, además de los de ellos, otro cubierto servido. Pedro, criado viejo, sirve a la mesa.

María *A Pedro, que ha servido vino en las copas de ella y de Joaquín.* Pon vino al Comendador. *Pedro pone vino en la copa del cubierto vacante.*

Joaquín *Esperando a que Pedro haya desaparecido por la puerta segunda llevándose algo del servicio.* No debes hablar con ese tono de burla, tratándose de tu padre; y menos, con un criado.

María Bueno, bueno; no te enfades. Hubiera pre-

ferido que hubieses dicho: ¡Válgame Cristo, es tu padre! Pero, si tú quieres que nos pongamos muy seriecitos, estaremos muy serios, muy serios... ¿A quien tarde más en reirse? Un cuarto al serio. *Pónese exageradamente seria. Pausa.* No; ya no te hacen gracia mis cosas... Bien dice un libro—también muy serio—que he leído yo en francés: el matrimonio es un hijo perverso del amor, nace de él y lo mata. ¡Qué gracia te hacía antes esto del cuarto al serio! Nos poníamos; yo no resisto mucho, pero tú eras siempre el que tenías que pagar. ¡Tan poco tiempo podías aguantar la risa!

Joaquín ¡Mujer!, lo hacía a propósito, para convidarte.

María Pues, hazlo ahora también. No creas que, porque nos hayamos casado, me va a disgustar que me convides. ¿Por qué mando?

Joaquín Por nada, mujer; ten sentido. No habiendo venido a comer tu padre, y, sin mandar recado, no es cosa de *armar juergas;* hasta puede haberle pasado algo.

María ¡Bah!, bien sabes que no. Me lo habría a mí dado el corazón. Nunca te has impacientado porque no viniera; y eso que papaíto, el pobre, se divierte lo que puede. Y no viene, y no avisa, y hace lo que le parece, que para eso es viudo...

Joaquín Sí; para eso es viudo.

María ¡Qué gracioso es papaíto!, ¿eh?

Joaquín Sí; esto de que no haya parecido por su casa desde ayer al anochecer, para un señor de sus años y de su respetabilidad, ¡tiene una gracia!...

María *Muy cariñosa.* ¡Anda, fiera! Verás, cuando entre, como te hace gracia hasta a ti. Em-

pezará: *Imitando a su padre.* ¡Estoy imposible; estos sueños que me dan...! Anoche, cuando iba a venir a casa a acostarme, me quedé dormido en un sillón de la Peña, y no desperté hasta hoy a las ocho. ¡Claro! Desayuné, y me fuí a misa... *Entra Pedro.*

Joaquín *Bajo a María.* ¡Calla! *Pedro sirve el postre, y vase.*

María Y me fuí a misa... ¡Ya sabéis que yo no pierdo la misa!; y, luego, ¡claro!... ¡Hace tan buen tiempo, que me fuí a tomar higiene por el Parque del Oeste! ¡Ya sabéis que yo para la higiene!... ¡Oh, qué hermoso está aquello, qué vistas!...

Joaquín ¡María, no hables así de tu padre!

María Si ahora no está el criado.

Joaquín Aunque no esté.

María ¿No voy a tener confianza contigo?

Joaquín Es que me hiere tu tono de ligereza.

María *Después de una corta pausa.* Déjame que te cuente una cosa; no te enfades. Mira: que en casa, cuando entraba papá diciendo eso, nos íbamos todos de puntillas al gabán, y, ya se sabía, le encontrábamos en el bolsillo unas facturas o cuentas de restoranes de esos que están abiertos por la noche: la Viña P, Fornos, Sótano H...

Joaquín ¡María, María!... Te repito que estás hablando de tu padre.

María No; si ahora ya ha cambiado. Ahora las cuentas son del Palace Hotel, Los Gabrieles y La Sevillana.

Joaquín *Enojado.* ¡Muy bien; muchas gracias, te saliste con la tuya! Cuando la emprendes con algo... poco discreto, lo has de colocar hasta el fin.

María No, pues me faltaba decirte que verás cómo papá en cuanto entre se bebe un vaso de

agua y pide café puro; pero, ya no te lo digo. Vamos a hablar de otra cosa. *Pausa.* Ya ves, vestidita como tú querías. ¡Como traje de visita no hay que pedirle nada!; ¿te gusta? *Exhibiéndose ante él.* Ahora mismo *Sin sentarse.* vamos a devolver todas las visitas de aquella lista que me hiciste hacer. ¡Qué día, eh, señor marido, qué día, nueve visitas! Es usted un héroe; ¡cuántos médicos quisieran tener tantas! *Animándole.* ¡Vamos!...

Joaquín ¡Si vieras que no me siento heroico!... Quisiera llevarte...

María ¿Dónde?

Joaquín Siéntate. *María se sienta muy cerca de él.* No sé si es una idea infantil, o, al contrario, un capricho de espíritu caduco. Pero, has dicho antes que el matrimonio es un hijo parricida del amor. ¿No será que el padre Amor muere en él de hastío, porque pierde su acicate mayor, su encanto más sutil y más maligno?: ¡el misterio, el recogimiento, algo de peligro, mucho de sombra!...

María No te entiendo bien; pero creo que sí.

Joaquín Sí, me entiendes. ¡Oh, me alegro de que me entiendas! Si un beso que yo ahora te diese, pudiera ser robado, entre zozobras, entre temores..., ¡qué adentro no llegaría!

María ¿Y qué quieres que hagamos?

Joaquín No sé aún bien. Quisiera tener que conquistarte cada día.

María Pues, ya sé lo que hay que hacer. ¡Ya sé yo que tengo que defenderme... contra mi señor marido!

Joaquín ¡Eso! Pero, entre las gentes que nos conocen y nos tratan, es absurdo... Tendría que

llevarte a sitios irregulares, no digo pecaminosos, no; pero sí desusados, extraños...

María Sí, sí; contigo donde sea.

Joaquín ¿Aceptas?

María Vamos hoy mismo. Descuida, rodearé nuestro amor de toda clase de obstáculos.

Joaquín ¡Oh, y yo los saltaré, y venceré!

María Pero, mucho cuidado; porque, si no sabes conquistarme y me fastidias, llamo a un guardia. Ahora mismo, sí, sí; voy a ponerme de una manera un poco... fantástica, y vamos allá. ¡Qué idea más graciosa se te ha ocurrido!... ¡Pero qué talento tienes! *Mutis segunda.*

ESCENA II

JOAQUÍN.—Cuando se indica, PEDRO

Joaquín, después de un momento de exaltación por María, cuando ésta acoge favorablemente su proyecto, se siente nuevamente decaído y disgustado de ella.

Joaquín Hubiese preferido que no hubiera aceptado. ¡El misterio..., el encanto de lo furtivo!... ¿Es que eso puede falsificarse? ¡Una mujer propia, mi mujer aceptando con entusiasmo, y de pronto, un proyecto irregular!... ¡No; no es esto, no es esto! *Pedro ha salido segunda, recogiendo el mantel.* ¿En cuántas casas has estado, Pedro?

Pedro En dos nada más, señor, yo he tenido mucha suerte; en casa del señor marqués, y de

allí a casa del señorito, que entonces tenía diez años.

Joaquín Me acuerdo. ¿Y nunca has echado de menos, estando en esta casa, la otra?

Pedro No, señor; ¿el señor se ha figurado...?

Joaquín No; no me he figurado nada. Estás en una casa bien, a tu gusto, en la cual has entrado por tu voluntad, y la pícara memoria no te mete en la cabeza, para trastornarte, el recuerdo de la otra en que también serviste a gusto, bien y porque quisiste.

Pedro ¡Claro!, no señor; sí me acuerdo, pero no me trastorna.

Joaquín ¡Te envidio, te admiro!

Pedro Pero..., ¿es que el señorito...?

Joaquín No, hombre; no.

Pedro ¿Está descontento el señorito?

Joaquín No, hombre; no. Y para que estés más a gusto todavía, te subo dos duros el sueldo, para que te acuerdes aún menos de la otra casa.

Pedro Si no me acuerdo, señorito. Pero, muchas gracias. *Mutis.*

ESCENA III

JOAQUÍN.—DON GINÉS.—Después, MARÍA.—Cuando se indica, PEDRO

D. Ginés *Por la primera.* ¡Hola, hijo mío! ¿Habéis comido ya? ¡Claro!, son las tres. Perdonadme, pero...

Joaquín Sí; anoche al llegar la hora de retirarse, le

dió a usted sueño, y se quedó usted dormido en la Peña...

D. Ginés Sí, estoy imposible; estos sueños que me dan...

Joaquín Y no ha despertado usted hasta hoy a las ocho. Desayunó usted, se fué usted a misa...

D. Ginés Sí, sí. Pero, ¿cómo lo has adivinado?

María *Saliendo izquierda, vestida como indicó al marchar.* ¡Oh, papaíto! *Besándole y abrazándole.* ¿Vienes ya de tomar higiene por el Parque del Oeste?

D. Ginés ¡Sí! ¡Pero..., lo sabéis todo, todo!

María ¡Vaya, no me lo he de haber aprendido, con tantas veces?

D. Ginés ¡Picarona!, se ve que no lo crees.

María Sí, sí, papá. Por mí no te molestes en pensar otra cosa nueva, ¡no faltaba más!; conmigo estás cumplido.

Joaquín Y conmigo también está usted cumplido.

María *Que ha registrado el bolsillo del gabán de su padre que le pilla a su lado, a Joaquín, que está al lado opuesto.* ¡Anda!; ese bolsillo... Cógela.

D. Ginés Pero, ¿qué dices?

María *Por Joaquín.* ¡Qué tonto eres! *Pasa ella al lado opuesto, y saca del bolsillo del gabán de don Ginés una cuenta, que enseña a Joaquín.* ¿Ves?, de los Gabrieles.

D. Ginés ¡Niña, niña!... (No debo de tener en este instante mucha fuerza moral para reñirle.)

María No, no; tómala. *Le vuelve a meter la cuenta en el bolsillo.* No he tenido tiempo más que para leer: dos raciones de... *Don Ginés se ha servido un vaso de agua, que bebe.* ¿Ves, Joaquín, qué gracioso, ves?; ya bebe el agua. *Por don Ginés.* No me riñas, no. Ahora mismo mando que te sirvan una taza de café, muy cargado y puro. *Mutis segunda.*

D. Ginés *Sin enterarse de que se ha ido María.* ¡Niña, niña!... Una cosa es que un pobre viudo procure encontrar el medio de olvidar las tristezas de su lamentable estado, y otra cosa muy distinta...

Joaquín Don Ginés, que está usted hablando solo.

D. Ginés ¡Oh, sí!; las preocupaciones... ¡Es un ángel, un ángel! ¡Pillo..., no te la mereces! *Reaparece María. Contemplándola.* Pero, ¿qué es eso?

María ¿Qué, papá?

D. Ginés ¡Esa *tenue* estrepitosa!

María Pero, si me has visto antes...

D. Ginés Sí, te he visto...

María Verás, papá. Joaquín es muy gracioso, muy ocurrente..., cuando quiere: vamos a ir a..., bueno, no sé adónde; pero, como si no fuéramos matrimonio, ¿sabes?, para que tenga que ganarse mi personita. Es decir, como si fuésemos así... como una bailarina y un príncipe extranjero; tú ya me comprendes.

D. Ginés ¡Conque habéis pensado!... Mejor dicho, ¿ha pensado eso tu marido?...

María ¿Qué te parece?

D. Ginés Que tu marido no sirve para casado.

Joaquín ¿Que yo no sirvo...?

D. Ginés No; si yo tampoco servía. Para viudo, sí. ¡Conservo en lo más hondo del pecho el recuerdo de tu santa madre; y eso que hace ya más de veinte años que la perdí, cuando tú naciste! ¡Qué dolor! Tú no te acordarás, ¡claro!

Joaquín (¡Le ha dado llorona a este buen señor!)

María ¡Papaíto, no te angusties! Te sientan mal los paseos por el Parque del Oeste.

D. Ginés Yo no servía para casado, no. En los tres años que me vivió mi santa, no pasé de ser

un casado... provisional, un santo consorte. Mi estado definitivo es el de viudo. ¡Oh, delicioso, delicioso...! *Pedro sale segunda, sirve el café a don Ginés, y vase.* Es uno respetable, no se vuelve uno a casar... para no profanar el sagrado recuerdo de la que...; y, ¡claro!, está uno libre, solo... desgraciadamente.

Joaquín Sí; creo que usted no debió casarse.

María ¡Ah!, para que yo no hubiera nacido, ¿eh?

Joaquín No; mujer, no es eso.

D. Ginés No, la vida de soltero tampoco me agradaba; vive uno como un estudiante, está uno muy expuesto a casarse, y luego.. un desorden...

Joaquín ¡Sí; ahora de viudo se le ve a usted muy ordenado!

María ¡No digas que no! Siempre falta a las mismas horas.

D. Ginés Sí, sí; me he convencido de que el método es bueno para todo. ¡Pero, de soltero!... ¿Tú sabes, yerno? Mi padre me sacó un empleo, y el padre de otro muchacho amigo mío le jugó también a él la misma mala pasada— un empleíllo para que nos vistiéramos y calzáramos y tuviéramos para tabaco—, y el día primero, porque teníamos que ir a la oficina todos los meses una vez el día primero, a cobrar; pues, el día primero nos jugábamos el otro y yo la paga a cara o cruz, y al que le salía cara, se llevaba las dos pagas.

María Papá, al que le salía cara era al otro.

D. Ginés ¡Qué graciosa!, ¿eh?; hija mía, hija mía. Y el que perdía, ¡pues tú verás cómo iba vestido y calzado, y lo que fumaba!... Había que beber algo para embrutecerse y no acordarse de nada, hasta ver si el día uno

del mes siguiente la suerte se ponía mejor. *Pausa. Solloza.* ¡Pobre ángel mío!

María ¡Pero..., papá!

D. Ginés ¡Si no puedo olvidarme de mi santa! *Levántase, dirigiéndose hacia la puerta tercera.* ¿Tú has vestido así a tu mujer? ¡Tú no la quieres como debes quererla! Tampoco sirves para casado... ¡Me acuerdo de mi ángel! Sobre todo, la combinación del histerismo no te la aguanto. ¡Decir, cuando la mujer se queja o protesta de algo, que es histérico, no te lo paso, que estoy en el secreto; que me acuerdo de mi santa y no te lo paso! *Mutis.*

ESCENA IV

MARÍA.—JOAQUÍN.—Después, PEDRO y MIGUEL

Joaquín *Por don Ginés.* ¡A dormir!

María A descansar, es claro.

Joaquín ¡A muy bonita hora!

María No me puedes negar que se acuesta antes que las gallinas. Y en cambio nosotros empezamos ahora. ¡Vamos, vamos!... *Animándole.*

Joaquín No, ya no.

María ¿Qué?

Joaquín Ya no vamos.

María ¿Por qué?

Joaquín ¿No lo has oído? Le disgusta a tu señor padre. ¡Un señor tan serio, no había de pasar por una genialidad de dos jóvenes!

María ¡Bah!, no hagas caso, si no se enfada.

Joaquín Te he dicho que no. Tú eres su hija, yo no

soy nada suyo, quiero evitar violencias entre los dos.

María ¿Que no eres nada suyo? Pero, bueno; me voy a quitar esto. Me pondré una bata, y te estarás aquí conmigo; eso sí, prométemelo.

Joaquín Te lo prometo.

Pedro *Saliendo primera.* El señorito Miguel acaba de llegar.

Joaquín Que pase. *Acercándose a la puerta primera.* Pasa, Miguel. *Entra Miguel. Mutis Pedro.*

Miguel ¡Nada, chico!; que si no viene uno a verte... *Saludando.* María...

María Debes aleccionarle, ahora mientras yo me quito esto. El amigo no debe entrar diciendo al marido delante de la mujer:—¡Chico, cuánto tiempo hace que no te veo!... Es poco prudente, porque si el marido ha dicho:—Hoy me he retrasado porque he estado con Fulano, se descubre... No, no; no es que ahora haya ocurrido eso, pero... es poco prudente. Y hoy, señor Llanos, no se lo lleva usted de paseo, porque me ha prometido dedicarme la tarde. He dicho. *Mutis segunda.*

ESCENA V

JOAQUÍN.—MIGUEL

Miguel ¡Muy bien! Ahora estarás contento: aquí hay mucha juventud, alegría, gracia bulliciosa y un poco de aturdimiento decididamente femenino... ¡Lo que tú buscabas, el norte que te atraía!

Joaquín ¡No; no es esto, Miguel; tampoco es esto!

Miguel Ni lo será nunca. Como el viajero iluso, prefieres la ciudad que ves de lejos; vas a ella, y entonces te parece más bella la que dejaste. Algún culto diría que tienes una psicología muy complicada; pero, yo, hombre rudo y sincero amigo tuyo, en vez de complicado te digo que eres un majadero.

Joaquín Lo he sido, al separarme de Elena. Pero, ahora no lo soy, al tener cierto vago deseo de volver a ella, prescindiendo de esta otra cuanto me sea posible.

Miguel Lo eres como lo eras.

Joaquín No. ¡Qué superior Elena en todo!... Juiciosa, reposada... Ésta alocada, incongruente...

Miguel Antes tachabas el carácter de Elena de demasiado severo, y decías que el modo de ser bullanguero, un tanto inconsciente, infantil, de María, era el que te daba la sensación completa de la gracia femenina.

Joaquín Te repito que antes no sabía lo que decía.

Miguel Ahora, lo mismo que antes, te repito yo.

Joaquín ¡Elena; hasta su nombre es grande, hermoso, clásico! Y ésta se llama María, como todas las mujeres.

Miguel Antes te entusiasmaba el nombre de María, compendio cristiano de toda feminidad; y Elena te parecía frío, anticuado, pagano.

Joaquín Prescindiendo del nombre. ¡Este papá juerguista, desordenado, que da carácter a la casa!... ¡Esto no es casa, es un casino! ¡Aquella casa de Elena, todo orden, todo método!... Hasta me acuerdo de aquel Díaz, el pariente meticuloso y ordenado.

Miguel ¡Es el colmo! Ahora ensalzas a un hombre a quien odiabas, a un rival.

Joaquín ¡Oh, rival!... Elena no le quería, no le quiere. ¿Has vuelto a verla?

Miguel Alguna vez.

Joaquín Yo no. Voy donde espero verla, pero hace la casualidad que no la encuentre nunca.

Miguel O lo hace ella, evitando verte.

Joaquín Quizás. ¡Has de llevarme a su casa!

Miguel ¡Quita, quita, estás loco!...

Joaquín *Viendo que su mujer reaparece.* ¡Mi mujer...! ¡Llévame contigo, sácame de aquí, aunque sólo sea un momento! Estoy muy excitado; ¡no podría resistirla toda la tarde!

ESCENA VI

DICHOS.—MARÍA

María *Por Miguel.* ¿No se quita usted el gabán?

Miguel No. Yo, como ha dicho usted antes que le tiene esta tarde secuestrado, no me atrevo a llevarme a Joaquín; pero tengo que irme, con él o sin él, a la sala de armas. *A Joaquín.* No te he dicho; hoy debuta mi hermanillo pequeño, celebra su primer asalto.

Joaquín ¡Ah!, ¿y quieres que yo no le vea? ¡Bueno me pondría!; y un esgrimidor..., ¡cualquiera le agravia! Me permitirás, María... Sólo por un motivo así, sería capaz de dejarte hoy. Vamos. ¿A qué hora es?

Miguel Ahora, a las cuatro.

Joaquín ¡Oh!..., pues vamos. ¡Tu hermano es un chiquillo muy interesante!

Miguel María, yo siento mucho...

María No: lléveselo usted... ¡A marido que huye, puente de plata!

Miguel ¿Huir?..., no le juzgo tan cobarde.

María Ante un hombre, no. Pero, de una mujer, huye pronto el hombre: ¡con nosotras ya se sabe que el hombre es débil!

Joaquín ¡Filosófica estás!

María ¡Y tú te has puesto alegre! Los dos hemos cambiado... ¡Con Dios, señores, divertirse! Y le deseo a su hermano de usted un éxito excelente.

Miguel Créame usted que lamento...

María Yo no. Al principio lo sentí, pero ahora me alegro de que se vaya.

Joaquín ¡María, por Dios!...

María No, no, no te marches disgustado, sigue alegre; ¡te vas de mi lado, debes seguir alegre!

Joaquín En seguida vendré.

María ¡No, no, cuando te parezca! *Mutis primera Joaquín y Miguel.*

ESCENA VII

MARÍA. — Después, PEDRO

María *Sola.* ¡Se va, se va!... ¡Se ha ido con el amigo!... ¿Y para esto me ha hecho cambiar tres veces de traje? *Pasea nerviosamente; se le saltan las lágrimas, entre despechada y entristecida.* En cuanto yo estaba entusiasmada con una cosa que él me había propuesto, ¡cata-

plún!, se le pasaba el entusiasmo, y se ponía triste como si yo no hubiese querido. ¡Ya este hombre no está igual...!, ¿qué ha de estar? ¡Es otro! *Pausa.* ¡Ah!, es que tiene otra, ¡claro! Cuando a un hombre se le pasa el afán de una, es que tiene otra, porque ellos tienen que estar siempre afanados por alguna. ¡Tiene otra, claro! *Toca el timbre, y aparece Pedro segunda.* Ya sé que me va usted a engañar, pero se lo conoceré en los ojos. Conteste: ¿el señorito ha vuelto con aquella señora viuda que tenía antes de casarse?

Pedro ¡Cómo, que si ha vuelto? Una señora viuda...; yo no sé nada.

María Basta. Ya sé lo que quería saber: sigue con ella. Se lo he conocido a usted en los ojos.

Pedro ¡Pero..., señorita!... Yo no sé cómo decirle a la señorita... El señor no me da cuentas nunca de lo que hace, y menos...

María Pues, ¿para qué miente usted? ¿No sabe usted que antes de casarse tenía una viuda? ¡Si lo sabía yo, y mi padre, y todos!

Pedro Sí, señorita; lo sabía. Pero no ha vuelto, yo creo que no ha vuelto a verla.

María ¡Conque no ha vuelto!... ¡Sí, ha vuelto, sí!

Pedro ¿Cuándo, señorita?

María ¿Cuándo?..., hará un par de meses; le noté... Ya no me mira lo mismo. Cambió ¡hasta de modo de andar! Sí, vi que ya era distinto; que era yo para él, como una habitación donde ha ido uno a vivir muy ilusionado, y se ve luego que no tiene condiciones para uno. ¡Yo me entiendo, yo! ¡Ande usted, ande usted, avise a mi padre! ¡Esto es horrible!

Pedro Pero... el señor estará descansando.

María Avísele usted, he dicho.

Pedro Voy. *Mutis Pedro, tercera.*

María ¡Esto es horrible, horrible; que nos engañen a las mujeres, es horrible!... Porque a un marido le engañan, y es un drama; ¡pero, nos engañan a nosotras, y nadie le da importancia! *Pedro reaparece por la tercera.* ¿Le ha llamado usted?

Pedro Sí.

María ¿Y qué le ha dicho?

Pedro ¡Animal!

María Voy yo misma. *Mutis tercera.*

Pedro ¡Malo, malo!... Esta no es como la otra... A la otra la manejaba como le parecía..., ¡porque la otra le quería mucho, y, claro, obedecía y aguantaba! ¡Malo, malo!... *Mutis segunda. A poco de quedar la escena sola, aparecen por la tercera María y don Ginés, éste en ropa interior o de dormir.*

ESCENA VIII

MARÍA.—DON GINÉS

D. Ginés ¡Pero nena, pero nena!... ¡Que no es higiénico cortarle a uno el sueño, ni levantarle! *Tose.*

María ¡Papá, papá, me engaña!, ¿sabes? ¡Me engaña mi marido!

D. Ginés ¡Claro, que tu marido!; ¿quién te iba a engañar?

María ¡Con qué flema lo tomas!

D. Ginés No, es que ¡serán cosas tuyas! ¿Por qué lo

sabes? ¡Hace un momento, tan contenta aquí con él!... ¿Es que disimulabas?

María Es que me he enterado después.

D. Ginés ¡Vamos!, en un momento... Pues, ¿qué ha pasado?

María Pasar, no ha pasado nada.

D. Ginés ¡Huy, hija mía, cómo estás!... *Queriendo marchar por la tercera.*

María *Sin dejarle marchar.* ¡Papa, te digo que me engaña!

D. Ginés Bueno; pero comprenderás que, por que te engañe, no voy a estarme yo toda la tarde en camisa en el comedor.

María No, si no me importa; no me importa que no me quiera. ¿Se cree que le voy a querer yo a él, y él a mí no?; ¡en seguidita!

D. Ginés Haces bien; si no te quiere, no le quieras tú a él tampoco. Bueno, hasta luego, preciosita, ¿eh? *Medio mutis.*

María ¡No, no me importa que no me quiera; pero que se figure que me engaña, y que soy tonta, sí! Yo me enteraré de todo; ¡y, entonces, verá!

D. Ginés ¿Tienes sospechas?

María Sí, de la viuda de marras. Ayer mismo fuí a hablar de ella, no me acuerdo con qué motivo, y me dijo un: —¡Calla!, como si estuviera profanando la memoria de algún muerto de su familia.

D. Ginés *Que procura no separarse de la chimenea, tirita, y tose y estornuda.* ¡Ah!, bueno, pues mañana mismo iremos a una de esas agencias de policía particular, para que se enteren. Yo me vuelvo a dormir ¿eh?, con tu permiso.

María No, papá, no me hace falta policía.

D. Ginés Sí, en realidad, es mejor, no hace falta. Bueno, adiós.

María Se me está ocurriendo el modo de enterarme yo ahora mismo.

D. Ginés No, ahora es hora de descansar.

María ¡Voy a registrar todos sus papeles!

D. Ginés ¡Mujer, eso es una locura, una cosa mal hecha!

María ¡Ah!, no, ¡yo me entero, yo me entero!... *Mutis segunda.*

D. Ginés ¡Le revuelve los papeles! ¡Como que va él a tener ahí nada comprometedor! Muchas cartas recibí en mis tres años de casado, pero ninguna estuvo nunca donde pudiera echarle la mano mi santa. ¡El altar de mi santa era sagrado! *Acércase a la puerta segunda.* ¡Ha forzado un cajón!... ¡Oh, qué criatura ésta! ¡Yo no quiero verlo! *Desaparece tercera, al tiempo que María vuelve por la segunda con un paquete de cartas.*

María ¡Unas cartas, unas cartas! ¡Papá, no te vayas! ¡Cartas de ella! *Reaparece don Ginés. Después de romper la cinta que las ata, pónese María a leer las cartas. Oliéndolas.* ¡Hum!, ¡su perfume, su perfume! Pues a esto no me ha olido estos días.

D. Ginés ¡Claro, mujer! Serán antiguas. Mira las fechas.

María *Mirando la fecha de una o dos.* Sí, antiguas; pero, no importa.

D. Ginés Comprendo que no ha hecho bien en tener las cartas aquí, pero...

María *Leyendo.* "Nunca nadie podría quererte..." ¡Pues, sí que es fiel el hombre para que le quieran!

D. Ginés Pero, nena... ¡Si sabías esto, si lo sabíamos todos!

María ¡Hum!... *Leyendo.* "No dejes de traerme el cabello de ángel." ¡Papá, también a ella le llevaba cabello!...

D. Ginés Es muy natural entre enamorados. ¡Vaya!, ya me dejaste sin dormir, ya va siendo hora de ir poniéndose el frac.

María *Leyendo.* "Te creo: aunque otra mujer tuviese tu amor, lo grande, lo fuerte, lo más juvenil de él siempre habrá sido para mí." ¡Papá, esto es horroroso!

D. Ginés ¡Horrible! A las once tengo junta, y antes hay que cenar: y como las cenas a veces se prolongan, se complican...

María ¡Esto es tremendo, papá! ¡Yo no tengo fuerzas para seguir!

D. Ginés ¡Como que debías dejarlo! *Trata de coger las cartas, pero ella se lo impide.* Si ya sabías todo esto... Ten en cuenta, hijita, que no puedo faltar a la junta, porque me han hecho presidente de la Juventud del partido.

María ¡No, déjame, déjame, ya te vestirás! *Leyendo.* "Juguetito mío." ¡Papá!; ¡juguetito mío!...

D. Ginés (¡Eso no se lo he puesto yo a ninguna!)

María ¡Esto es intolerable!

D. Ginés ¡Esto no hay quien lo aguante!

María *Leyendo.* "No estoy conforme con tu opinión; la mujer propia no es, como dices tú, la que se tiene para los momentos enojosos de la vida, un socio que aporta su capital, una criada distinguida..." Papá, ¿quieres más?

D. Ginés ¡No, hija, qué he de querer!

María ¡A mí, que soy su mujer, me llama socio, me dice que soy una criada!...

D. Ginés ¡Vamos!, no te atribules. En medio de todo...

María ¡No quieras defenderle, papá! ¿Por qué no las ha quemado, por qué no las ha devuelto? ¡Tener aquí esto en su casa, en mi casa!

D. Ginés *Asintiendo.* ¡Eso, sí!

María Será para leerlas, será para deleitarse; y quizás alguna vez, cuando le he notado más cariñoso, más expansivo, era que había estado pasándoles la vista, recreándose... ¡Oh, canalla, canalla!

ESCENA IX

DICHOS.—JOAQUÍN

Joaquín presentase primera

María ¡Canalla, canalla..., por ti lo digo!

Joaquín ¿Qué es esto?...

María ¡Tu amor de tu vida, tu Elena, sus cartas!...

Joaquín ¡Trae eso!

María ¡No!

Joaquín Estas cartas son mi vida pasada, mis recuerdos; ¡has debido respetarlos! ¡Al unirme a ti te entregué mi vida presente y la que me restaba por vivir; toda mi vida, pero no la que fué, la que ya había vivido, que es mía, mía nada más, me pertenece! Devuélvemelas.

María ¡No, no!

D. Ginés Pero, ¡por Dios!...

Joaquín ¡Son anteriores a nuestro matrimonio; mira las fechas! ¡Devuélvemelas!

María ¡No! ¡Eres un canalla, te vuelvo a decir; más canalla aún, que, en vez de disculparte, aún te revuelves contra mí, y hasta quieres cogerme las cartas para recrearte con ellas, para releerlas, para devorarlas, y

luego venir a mí, cuando el entusiasmo te haya enardecido, y, ya que no sea Elena, que sea María!... ¡Pues, no, no!

D. Ginés ¡Vamos, vamos!...

Joaquín ¡Devuélvemelas!

María ¿Que te las devuelva? ¡Mira, mira cómo te las devuelvo!... *Las arroja a la chimenea.*

D. Ginés ¡Jesús!

Joaquín *Acercándose a la chimenea y tratando de librarlas del fuego.* ¡Qué has hecho, idiota?

María *Cubriendo con su cuerpo la chimenea.* ¡No, no; arderán!

Joaquín ¡Hubiera aguantado la grosería de tus palabras, pero no la brutalidad de lo que has hecho! ¡Era mi pasado, todo mi pasado; acabas de destruirlo!... ¡Pues yo, en cambio, destruyo tu presente! ¡No quiero verte!; ¿lo oyes? ¡No quiero oirte; me ofende tu voz!... ¡Márchate!

María ¡Me voy, sí, me voy!... ¡Pero no es sólo el presente lo que acaba entre nosotros!, ¿lo oyes? ¡Nunca quiero oir hablar de ti; nunca, nunca, jamás! ¡Papá, vamos! *Cógele del brazo.*

D. Ginés *Aludiendo a su semidesnudez.* ¡Pero..., hija!...

María Ponte un gabán y un sombrero. *María desaparece segunda.*

D. Ginés ¡Tendré que llevarla a casa de mi hermana, en ropas menores, y de abrigo!... ¡Caballero, vea usted de lo que es capaz un padre! *Desaparece tercera.*

Joaquín *Con un hondo suspiro de satisfacción.* ¡¡Oh, gracias a Dios!!

TELÓN



ACTO TERCERO

Como en el primer acto.

ESCENA PRIMERA

ELENA.—RAMONA

Elena cose o lee un periódico. Ramona aparece por la puerta primera.

Ramona Ahora mismo se acaba de ir el galán, señorita. Va a cenar y vuelve.

Elena ¿Qué galán?

Ramona El de siempre, don Joaquín. Las porteras ya se ríen; se va a comer, se va a cenar, y lo demás... en la oficina.

Elena También tenéis ganas de pasar el tiempo en tonterías.

Ramona Es que... ¿No clama al cielo ver ahi por esquinas *perene* a ese...—permítame usted que le llame tío, señorita—, y pensar que

la dejó a usted porque quiso, se casó con otra porque quiso y la dejó a la otra por lo mismo también, y todo sin porqué ni para qué...? Vamos que yo que usted le recibía una noche y le estaba dando golpes con una silla en esa cabeza loca que tiene, hasta ver lo que soltaba...

Elena Prefiero no recibirle y darte a ti, sin abrir, las cartas que me manda, para que te ayudes a encender la lumbre por las mañanas; que deben de ser incendiarios los tales cartapacios, porque levantan buena llama, ¿no es verdad?

Ramona ¡Calle usted, señorita, que a mí me pone ese hombre!...

Elena A ti te pone un duro en la mano, y te quedas tan contenta.

Ramona Se lo admito porque la señorita me ha mandado que lo tome.

Elena Naturalmente; eso entra en el castigo, que le cueste los dineros... *Óyese llamar hacia la puerta primera.*

Ramona ¿Quién será? *Mutis puerta primera, volviendo en seguida con una tarjeta que entrega a Elena y que ésta lee.*

Elena ¡El padre de la mujer de Joaquín!

Ramona ¡Ah, ese señor...?

Elena No te asustes. ¡Cuánto tiempo conserváis los rencores! A mí ya nada se me importa; y eso que tuve que pasar del amor al odio y del odio a la indiferencia. Que entre este señor. *Mutis Ramona. A poco, entra don Ginés.*

ESCENA II

ELENA. — DON GINÉS

D. Ginés (Es buena, es buena... Me explico lo del juguetito.)

Elena Siéntese usted, caballero.

D. Ginés Señora: yo quisiera que usted me conociese, porque ¡es tan difícil entenderse sin saber con qué clase de persona se entiende uno; y es tan difícil hacer comprender a otro qué clase de persona es uno!

Elena Explíquese usted con franqueza. No tema encontrar en mí una Calipso abandonada que trate de vengarse; soy más que mujer engañada desengañada, y tengo que agradecer a su hoy yerno de usted que me quitara el gusto de las pasiones avasalladoras y me haya hecho ver el encanto del amor de la familia, sin doblez ni peligros. Hable usted.

D. Ginés Primero para admirar, señora, su buen sentido y su talento; y después... Señora, seré brutal; señora, yo no puedo vivir así; sólo de usted depende que yo pueda vivir, lograr la calma tan precisa a un viudo que se consagra a llorar un día y otro a aquella que le ve desde el cielo...

Elena No se emocione usted.

D. Ginés Mi hija tampoco vive desde que ocurrió... Yo creía que no le quería mucho, no lo pa-

recía; pero, ¡ay!, se había enamorado perdidamente de su marido. ¡Quién podía prever esta catástrofe! Y es que ese hombre..., y usted perdone por el amor que le guarde...

Elena No, no hay de qué.

D. Ginés Ese hombre es... ¡Las mujeres sienten ustedes una debilidad tan marcada por los granujas!

Elena Es verdad.

D. Ginés Total, que no vive la pobrecita mía. Desgraciada, como mi santa; no por las mismas causas, no vaya usted a creer...

Elena No, desde luego.

D. Ginés Ha pretendido distraerse por todos los medios; pero le adora, como a mí mi santa... Ya he dicho que los sinvergüenzas tienen gran partido con las mujeres... Es decir, hay excepciones. Pues, sí, hasta, ¡pobre ángel!, ha intentado atolondrarse en los *sports*, inútil; hasta un flirteo, de lo más inocente, claro, y no hemos sacado nada... ¡Si se ha entregado a obras de caridad, para pasar el rato, y ni aun así lo ha conseguido! ¡Horrible! Le quiere mucho y, en consecuencia, como es mujer, naturalmente, se ha propuesto atormentarle, no dejarle que respire..., y lo va a conseguir. En fin, se le ha ocurrido sorprender a ustedes...

Elena ¿Sorprendernos?

D. Ginés Sí, a usted y a Joaquín, con el juzgado. Quiere que vengamos; que suba yo con el juez y ella quedarse abajo en el automóvil. ¡No, y hasta es capaz de subir ella en persona, esa chiquilla apasionada! Perdóneme usted; ya le anuncié que sería brutal.

¡Supóngase usted, si venimos y en efecto los sorprendemos a ustedes!; yo me muero..., un proceso, yo el padre, que te cito, que te traigo, que te llevo, que venga usted a declarar... Con las horas tan raras que tienen los tribunales de despacho; de día, a la hora de dormir. Pero, ¡imposible!, no hay quien la convenza. Señora, haga usted que no la sorprendamos, que se convenza mi hija de que son cavilaciones suyas. Que se vea que es mentira que usted conserve relación ninguna con Joaquín después de casado, que se vea que es mentira, ¿comprende usted? Evítese usted un proceso, señora; hágalo usted por mí; se lo pide a usted un padre, un viudo. Usted también es viuda—el estado perfecto—, interésese usted por un compañero, ¡Ah!; ¿calla usted?; eso me da esperanzas, es usted una mujer admirable. ¡Hija mía, gracias!; permítame usted que la llame hija. En cierto modo, lo es usted... ¿Quiere usted que vengamos esta noche misma? Cuanto antes mejor, para que cuanto antes se convenza esa chiquilla, y pueda yo entregarme por completo al recuerdo de mi santa... ¿Luego a las once, le parece á usted bien; estará usted sola?

Elena ¡Sí, señor; es claro!

D. Ginés Sí, sí; yo no sospecho, ya lo creo, yo no, ¿cómo voy yo a sospechar?; yo no soy como mi hija. Sé que es usted una dama virtuosa, incapaz... ¡Ya lo creo! ¡No faltaba más! ¡Estará usted sola, vaya! ¿Estará usted sola?, ¿eh?

Elena ¡Sí, señor, sí!

D. Ginés Vaya, hasta las once. ¡Hija, hija mía; mi

otra hija!... ¡Mándeme usted, pídame usted, hija! ¡Esté usted sola! Hasta las once. *Mutis primera.*

ESCENA III

ELENA, sola

Elena ¡Y tienen derecho a figurárselo todo! ¿Qué iba yo a decirle a este hombre? *Larga pausa.* ¡Ya sé lo que voy a hacer! *Entran por la puerta primera, Pilar, nerviosa, y detrás doña Luisa. Ambas traen al brazo varios paquetes.*

ESCENA IV

ELENA.—DOÑA LUISA.—PILAR

Pilar ¡No, no, no! ¡Mi marido esa mata de habas, no, no, no!

Elena Pero, ¿qué te pasa mujer, qué ha ocurrido?

D.ª Luisa ¡Que es insoportable esta chiquilla!

Pilar ¿Qué ha ocurrido? ¡No ha ocurrido nada; que me pone frenética, me pone en el disparadero!

Elena ¿Quién, Bene?

Pilar Sí; ¡es ya demasiado tonto, hasta para marido! ¡Me sulfura! Así le digo yo: ¡Parece mentira que seas hijo de un señor vulgar y corriente, eres estúpido como un hijo de personaje!

Elena ¡Mujer!, ¿le dices eso?

Pilar Sí.

Elena ¿Y te lo aguanta?

Pilar ¡Ah!, eso quisiera yo, que no me lo aguantase.

D.ª Luisa ¡Yo es que empezaría a darle cachetes a esta indina!...

Elena *Interrumpiendo.* Pero, ¿es que has reñido con Bene?

Pilar Sí; ¡y para siempre! ¡Ese idiota!; antes todo se le volvía: ¡ya he aprobado el Penal!, ¡ya he aprobado el Penal! Y ahora no sabe decir más que: ¡ya me he licenciado!, ¡ya me he licenciado!

Elena ¿Y por qué habéis reñido?

Pilar El porqué es lo de menos, el caso es que hemos reñido; debías felicitarme.

D.ª Luisa ¡Suponte!, plantar al pobre muchacho, como lo ha plantado, en mitad de la Plaza de Santa Ana...

Pilar Allí crecerá, como los demás árboles. Está muy bien plantado en aquel sitio; no sé si los demás son alcornoques, pero de él, respondo.

D.ª Luisa ¡Huy, qué loca, Dios mío!

Pilar ¡Se ha quedado así!... *Haciendo gestos de atontamiento.* Con las dos patazas muy abiertas, y un canario flauta, que acababa de comprarme con una jaula muy grande, así en la mano. ¡Plantado y con pájaro, no me negaréis que resulta un árbol!

Elena ¡Vamos, vamos, criatura, ven aquí! ¿No habéis cenado?

D.ª Luisa No.

Elena Yo acabé hace ya un rato, pero que os haga algo Ramona.

Pilar No, yo no ceno.

D.ª Luisa ¡Ah, claro, que no cenas! Hasta que vuelva a hacer las paces con su novio, castigada sin comer. Por eso te la he traído; convéncela, porque si no, no come.

Pilar Por lo que siento no casarme es por... ¡Mira la pulsera de pedida, qué mona! ¡Y unos encajes chantilly que me están poniendo en todos los juegos del equipo!... ¡Y las cosas tan bonitas que estamos comprando para la casa: mira, mira! *Empieza a desenvolver los paquetes.*

D.ª Luisa ¿Ves? ¡Mire usted qué fundamento; ahora muy entusiasmada, y...! ¡Cualquiera te entiende, hija!

Pilar No, si precisamente digo que lo siento, que no me caso.

Elena Te casarás; ¡no faltaba otra cosa! Ven, tontita. Tú has soñado, has visto un hombre gallardo, más alto que Bene...

Pilar Sí, sí.

Elena Con bigote sedoso...

Pilar ¡No; todo afeitado!

Elena Bueno, afeitado. Un hombre apuesto, decidor, enérgico pero dulce, con no sé qué de negro y misterioso en los ojos, que ordena suplicando y subyuga rindiéndose.

Pilar ¡Sí; sí, así lo he visto!

Elena ¡Ese hombre, lo hemos visto todas! Al amanecer, huía, y el que venía más tarde en su lugar, era siempre, comparado con él, desmedrado, flojo, desilusionante... ¡Y pobre

de la que encuentra en la vida alguno que se parezca al hombre visto y esperado; porque ése de quien tú te enamorarías desatinadamente, te arrancaría el corazón que le ofrecieras, para tirarlo!

Pilar ¿Así es que tú me aconsejas que haga las paces con Bene?

Elena ¡Sí, hija, sí! Bene es un hombre, sencillamente un hombre imperfecto; sigue con él, ¡huye de los sueños!... *Abrazándola.* Es buena, hará las paces con Bene. *A Pilar.* ¿Verdad?

Pilar Sí.

Elena *A su madre, por Pilar.* Tienes que darle de cenar.

D.ª Luisa ¡Gracias, Elena! Te respeta a ti más que a mí, yo no puedo hacer carrera de ella. Hasta mañana.

Elena Mañana madrugáis, y ¡a seguir arreglando el equipo y comprando objetos para la casa en que ha de vivir ese hombre terrible, ese tirano llamado don Bienvenido Moya! Y en que he de vivir yo. No olvides que aquella casa que estás poniendo es también mi retiro.

Pilar ¡Qué he de olvidar! Ya verás que monísimo te estoy poniendo el gabinete. *Suena el timbre.* ¡Él!

Elena ¡Cómo, Bene, después del plantón?

D.ª Luisa Sí, será capaz.

Pilar ¡Seguro, es Bene, Bene, seguro; vendrá con el canario flauta!

Elena No seas mala con él.

Pilar Si estuvieras tú siempre delante, yo le trataría de otro modo; eso iría ganando el pobre hombre.

ESCENA V

DICHAS.—BENE

Bene aparece por la puerta primera, con una jaula de canario en la mano.

Bene ¿Está aquí esta señorita? ¡Lo siento! Venía a ofrecerle a usted *Por Elena.* este canario flauta. ¡Pobre animal, sin ama, como yo! *Se lo entrega.* No me lo agradezca usted, no sé qué hacer con él. ¡Es el último capricho de una ingrata!

Elena Vamos a ver, vamos a ver. Voy a actuar de juez de paz. ¿Por qué ha sido el disgusto?

Bene ¡Por un desprecio muy grande!; pero yo me resignaba. Supóngase usted que se trataba de mi *debut.* ¡Porque usted ya sabe que me he licenciado!...

Elena Sí, sí.

Pilar ¡Me crispa!

D.ª Luisa *Bajo, a Pilar.* ¿Otra vez?

Bene He tenido ya un cliente; no es un personaje, y eso que han hablado de él los periódicos; es un gitano que mató a un lacero, en un pronto. También han hablado de mí todos los periódicos con motivo del asesinato. ¡Yo no he empezado la abogacía así de cualquier modo; he entrado por la puerta grande! Bueno, pues mañana ahorcan a mi cliente, y ¡esta señorita no quiere ir a presenciar la ejecución!

Pilar ¡Qué horror!

Bene ¡Es mi primera defensa, mi primer cliente, mi primer ahorcado!

Elena Ya irá a presenciar cualquier otro triunfo de los que usted obtenga.

Bene Me esperan muchos. Ya ven ustedes, apenas me he licenciado, y en el despacho de don Miguel Llanos soy yo quien escribe las demandas.

Pilar Pero él te las dicta.

Bene ¡Pili!...

Pilar ¡Bene!...

D.ª Luisa *Bajo, a Pilar.* Que no cenas, que no cenas...

Elena Sí, sí; tiene razón Bene, hará carrera.

Bene ¿Por qué no? ¡La ha hecho tanto tonto!

Elena Por eso, por eso. ¡Vaya!, a darse las manos, *Se dan la mano Pilar y Bene* las dos. *Danse las dos manos, derecha con izquierda e izquierda con derecha.* Se le permite a usted un beso en la diestra. *Bene besa la mano a Pilar.*

Bene ¡Casi me alegro de la riña!

Pilar *Burlona.* ¡Picarón!

D.ª Luisa Bueno, vamos a cenar.

Bene ¡Te acompaño, despreciadora! *A Elena.* Aunque lo que se da no se quita, devuélvame usted el canario; ¡es para ella!

Elena Sí, sí; tómelo usted. *Devuélveselo, y él se lo entrega a Pilar.*

Bene *Cerca de la puerta primera, y los tres dispuestos al mutis.* ¡Enfadarse conmigo mi futura mujer! ¡Yo que, precisamente, los ratos que me deja libre la abogacía los dedico a ir al Comité, para salir diputado y defender el derecho de la mujer!

Elena ¡No, por Dios, no defienda usted nuestros derechos!

Bene Sí; voy a proponer que las mujeres sean

ustedes empleadas, porque además será un ahorro para la Nación, que las podrá pagar a ustedes con menos sueldo, porque las mujeres necesitan menos dinero que nosotros. No tienen mujeres, si tienen hijos los suelen tener con hombres, que los mantienen; no pagan el tranvía, ni en las pastelerías ni en los cafés...

D.ª Luisa Bueno; vamos, vamos.

Pilar Llévame tú el canario, Bene.

Bene Te lo llevaré. Y eso que habiéndome ya licenciado... *Mutis los tres, y Elena acompañándolos.*

ESCENA VI

ELENA.—RAMONA

Ramona *Con una carta, por la puerta primera, habiendo salido algo antes del mutis de los otros. En cuanto vuelve Elena.* Señorita; la carta de todas las noches, la de la hora de cerrar el portal. *Se la entrega.*

Elena ¿Y el duro?

Ramona También me lo ha dado.

Elena Vaya, menos mal. *Devolviéndole la carta.* Toma, para la lumbre de mañana. La encenderás bien; pesa, hay combustible de largo... Y baja y dile que suba. ¿Son ya las once menos diez?

Ramona Menos doce.

Elena Bueno; es igual. Que suba.

Ramona ¿Pero, que suba el señorito Joaquín?

Elena Sí, que suba.

Ramona ¿Le va usted a dar con la silla?

Elena Tú dile que suba.

Ramona Bueno. *Mutis primera.*

Elena Sacaré el champagne; *Haciendo lo que dice.* así estará esto igual a la noche que me abandonó, y la botella con las copas dará además carácter a la entrevista.

Ramona *Por la puerta primera.* Ya está ahí.

Elena Que pase.

Ramona (¿Champagne?; no lo entiendo.) *Mutis puerta primera.*

ESCENA VII

ELENA.—JOAQUÍN.—Al final, RAMONA

Joaquín *Por la puerta primera.* ¡Elena, Elena; por fin mi fuego venció a tu frialdad!

Elena Por fin. *Mirando el reloj.* (Las once menos ocho minutos.)

Joaquín ¿Elena, es posible que hayas estado a punto de poder contrarrestar la fuerza irresistible de estos años de recuerdos?

Elena Ya ves, ha sido posible.

Joaquín ¡Si vieras lo que he sufrido! Tú creerás conmigo que un dolor presente, por grande que sea, no puede matar; pero sí que el recuerdo de una felicidad perdida, que ve uno que no podrá recuperar, puede hacernos morir.

Elena Sí, morir, morir para siempre; puede.

Joaquín ¡Elena, Elena; ya no nos separaremos nunca!

Elena ¡Oh! ¿Quién le puede decir a otro: ya no nos separaremos nunca?

Joaquín Yo, sí. Me arrastran a ti el amor y el recuerdo, que es tan poderoso como él. ¡Si el recuerdo es aliado del amor no hay quien los venza!

Elena ¡Oh, sí, sí! *Mirando el reloj.* (Las once menos seis.)

Joaquín ¡Tu amor recordado venció al amor de otra presente!

Elena ¿Y no temes que el amor de la otra recordado venza al mío presente?

Joaquín ¡Oh, eso no, no!

Elena Porque pudiera resultar aquello del cuento de nunca acabar: ahora que estoy con la otra me acuerdo de ti, ahora que estoy contigo me acuerdo de la otra...

Joaquín ¡Imposible!

Elena Es verdad; me olvidaba de que eres un espíritu complejo. (Las once menos cinco.) *Fingiendo exaltarse.* ¡Sí, oh, tienes razón, yo no he sabido comprenderte, entender la grandeza del recuerdo; pero tú me enseñarás!...

Joaquín Sí, sí; yo...

Elena (Estás fresco.) El recuerdo es lo más grande, ¿no es así?, lo más poderoso, lo más puro.

Joaquín Sí, sí. ¡Oh, qué bien lo has entendido! Se conoce que mis cartas han prendido en ti esa bendita llama.

Elena ¡Oh sí, tus cartas han prendido mucha llama! Pero ¿no sería mejor que yo fuese para ti hermosa, pura, grande, poderosa; vamos, que fuese para ti el recuerdo, y que la otra fuera la insignificante, la pobre realidad?

Joaquín No, no, eso no; verás...

Elena Aguarda. Déjame explicarte; vamos, quiero decir que si no sería mejor que fuese la otra para ti *nada más* que la realidad, y yo *nada menos* que el recuerdo.

Joaquín No, verás; esa parte no la has entendido bien, yo te explicaré...

Elena Sí, bueno. *Mirando el reloj.* (Las once.) Pero antes, bebamos, si te parece.

Joaquín Sí, bebamos.

Elena Como aquella noche.

Joaquín No me la recuerdas. ¡Qué idiota fuí!

Elena Puede que alguna otra noche estés más idiota aún que entonces.

Joaquín No; más que entonces, imposible.

Elena (La justicia se retrasa.) *Escuchando.* (No, ya llaman.) Bebe, bebe. Deja, que suene el tapón. *Descorchan y beben.*

Ramona *Saliendo puerta primera.* Señorita, ¿no sabe usted...? Deben de estar equivocados...

Elena ¿Qué pasa?

Ramona Que han llamado, y dicen ¡que es la justicia!; ¡pero... preguntan por usted!

Elena ¡Oh, la justicia, la justicia en mi casa! ¡Mi casa deshonrada! Abre, abre en seguida a la justicia.

Joaquín ¿Vendrán a sorprendernos?

Elena ¡Quizás!

Joaquín ¡Te he comprometido! *Trata de huir.*

Elena ¿Huir? ¡Nunca! *Deteniéndole. Desaparece puerta primera Ramona, y vuelve a entrar con el juez, el escribano, el procurador y don Ginés.*

ESCENA VIII

ELENA.—RAMONA.—JOAQUÍN.—DON GINÉS.—JUEZ.—ESCRIBANO.—PROCURADOR

D. Ginés Sí, señor juez, aquí es donde se sospecha que está el marido de mi hija, con esa mujer; pero no estará. Sí está. ¡Horror! *A Elena aparte.* Pero, señora, no es esto lo convenido. ¡Se ha dejado usted sorprender!

Elena No cabe duda; solos, a altas horas, en mi casa... Sí, señor juez; este señor *Por Joaquín.* y yo somos culpables. Me pongo desde luego a disposición de la justicia. *Bajo a Joaquín.* ¡Oh, qué placer sufrir por ti!

Juez Tienen que ser los dos por igual.

Elena Lo suponía.

Juez Vamos a ver, caballero, ¿es verdad eso?

Elena Cuando yo lo digo...

Joaquín Claro, cuando lo dice ella, ¿quién la va a desmentir?

Juez Sería inútil.

Procur. Yo, como procurador de la señora de Montero, pido que se levante el acta correspondiente, y que se conduzca en el acto al juzgado a los culpables, detenidos.

D. Ginés *Aparte a Elena.* Señora, señora, nos ha perdido usted. Esto es espantoso. *Al juez.* ¿Tendré yo que declarar muchas veces, señor juez?

Juez *Al procurador.* Puesto que la señora de Montero está abajo esperando en su automóvil,

puede usted bajar a consultar con ella, antes de pedir una cosa tan grave.

Procur. Estoy seguro de que mi cliente quiere llevar el asunto a sangre y fuego.

Joaquín (Me he lucido.)

Juez Sin embargo...

Elena Con la señora de Montero, si se nos permite, señor juez, bajaremos a conferenciar su padre y yo.

Juez ¿Pero, usted?

Elena Yo, sí, si se me permite.

Juez Sí, baje usted.

Elena *A don Ginés.* Venga usted. *Cógele del brazo.*

D. Ginés *A Elena.* Nos ha perdido usted.

Elena Calle usted; si me va usted a deber nada menos que la felicidad de su hija. *Mutis ambos por la puerta primera.*

Escrib. ¿El acta no podría ir extendiéndose, señor juez?

Juez Sí, vamos haciéndola. *El escribano pónese a escribir.*

Escrib. *Escribiendo.* "Constituídos en..." ¿Qué clase de habitación ponemos, señor juez?

Procur. Debe usted poner "habitación íntima".

Juez No; comedor (1).

Escrib. Describiré todo el mobiliario minuciosamente.

Juez Es claro.

Escrib. ¿De qué son estas sillas? *Examinándolas.* ¿De palo santo?

Joaquín (¡Qué rabia! ¡Qué percance tan ridículo!)

Escrib. ¿El champagne de qué marca es, señor juez, se ha fijado usted? Este detalle es interesantísimo.

(1) O gabinete; según esté puesta la escena.

ESCENA IX

DICHOS.—MARÍA

Entran puerta primera Elena, María y don Ginés.

Juez *A Joaquín.* ¡Calla; viene su esposa de usted con ellos!

Escrib. *A Elena.* ¿Es posible que haya usted hecho eso por mí, señora?

D. Ginés *Aparte con ambas.* Sí; ha querido que la sorprendamos para—aún exponiéndose a un proceso—entregarte a tu marido atadito de pies y manos, y que te esté sometido... ¡Ah!, no hay palabras para ponderarla; mi santa no hubiera hecho más.

Joaquín (¡Caray! Fraternizan.) *Deshácese el grupo de Elena, María y don Ginés.*

Elena *A Joaquín, alto.* Aquí estamos todos sus recuerdos reunidos. El uno, vivo; el otro está muerto; yo lo enterré hace meses en un lugar por donde nunca se pasean mis pensamientos. Yo misma le he puesto a usted èn ridículo exponiéndome a lo más que una mujer que se precia puede exponerse. Elija usted.

Joaquín Si ella me perdonase...

María Sí. Gracias, señora. Señor procurador, retiro la querella.

D. Ginés *Por Elena.* Gracias, repito; es usted un arcángel. Ahora sí que podré entregarme de lleno al recuerdo de aquélla que...

Escrib Calla, papá; los recuerdos no deben dominar sobre el instante que vivimos, pero tampoco deben profanarse. *A Elena.* Espero que sea usted mi amiga, y ¿por qué no? que vaya usted a mi casa.

Elena Ahora, no; más tarde. Más tarde estoy segura de que nos podremos ver usted y yo, Joaquín, delante de todo el mundo, como amigos entre los que no puede haber rencores, de día y sin temor a sorpresas de los jueces. ¿Me lo promete usted? *Tendiendo la mano a Joaquín.*

Joaquín *Estrechando la mano a Elena.* Se lo prometo.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE ANTONIO DOMÍNGUEZ

LA BUENA VOLUNTAD, comedia en tres actos.

EL BUEN ESPAÑOL, comedia en tres actos.

EL RECUERDO, comedia en tres actos, en colaboración con Arias Carvajal.

EL MAYOR ÉXITO, comedia en un acto.

¡YA SOY UN HOMBRE!, comedia para niños.

LA HERENCIA DE GIL, relato escénico en cuatro actos.

GLORIA AL VENCEDOR, cuadro trágico.

EL SEDUCTOR, sainete con música del maestro Chapí.

COLGAR LOS HÁBITOS, sainete con música de los maestros Lleó y Foglietti.

EL BATEO, sainete en colaboración con Antonio Paso, música del maestro Chueca.

EL CIEGO DE BUENAVISTA, sainete en colaboración con López Silva y Toral, música del maestro Torregrosa.

EL FRESCO DE GOYA, sainete en colaboración con Arniches y García Alvarez, música del maestro Valverde.

LA NUEVA LEY, divagación cómica.

PODEROSO CABALLERO..., engendro cómico.

LOS DOS VIEJOS, zarzuela cómica, música del maestro San Felipe.

NO MÁS NERVIOS, juguete cómico, con música del maestro Fonrat.

EL SÉPTIMO, NO HURTAR, revista con música del maestro Calleja.

¡ABAJO LOS CONSUMOS!, revista en colaboración con Pablo Cases, música de los maestros Quislant y Ruiz de Arana.

JOHN PERES, entremés.

¡SOLOS, AL FIN!, entremés con música de los maestros Ribas y Ruiz de Arana.

RELATOS, colección de cuentos.

IBSEN Y BENAVENTE, conferencia.

HISTORIA DEL PAPA ABDÓN Y DE SU HERMANO GEMELO, novela editada por "El Libro Popular".

EL AMOR Y LOS MICROBIOS, novela galante.

HISTORIA DE GRACIA LA DESGRACIADA, dislate novelesco.

CUENTOS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

OBRAS DE PÍO ARIAS-CARVAJAL

NOVELAS CORTAS, agotada.

EL EUNUCO (novela), agotada.

LAS BAYADERAS, zarzuela en un acto.

¡ES MI TIPO!, comedia en tres actos, arreglo de Feuillet, en colaboración con Ramón de Ollerena.

LAS MUJERES FUERTES, comedia en tres actos, arreglo de Sardou, en colaboración con Mariano Laudepón.

LA CONDESA DE ALMENARA, comedia dramática en cinco actos, arreglo de Feuillet, en colaboración con Mariano Laudepón.

LA MADRASTRA, drama en seis actos, en colaboración con Mariano Laudepón.

MARTA, drama en cinco actos.

EL DRAMA DE LA VIDA, drama en tres actos, arreglo de Víctor Hugo, en colaboración con Mariano Laudepón.

LOS MUERTOS HABLAN, drama en siete actos.

Precio: DOS PESETAS